

Por un movimiento social europeo*

PIERRE BOURDIEU

No es fácil, cuando se habla de Europa, ser simplemente escuchado. El campo periodístico que filtra, intercepta e interpreta todos los temas públicos según su lógica más típica, aquella del "a favor" o del "en contra", y del "todo o nada", tiende a imponernos la débil escogencia que se ha impuesto él mismo: estar "a favor" de la Europa es ser progresista, abierto, moderno, liberal; estar en contra es condenarse al arcaísmo, a la añoranza por el pasado, al pujadismo, al lepenismo, incluso al antisemitismo... Como si no hubiera otra opción legítima que la ad-

hesión incondicional a la Europa tal como está y se prepara a ser, es decir, reducida a un banco y a una moneda única, y sometida al imperio de la competencia sin límites... Pero tampoco es dable pensar que para escapar a esta tosca alternativa, sea suficiente invocar una "Europa social". Aquellos que, como los socialistas franceses, toman como recurso este señuelo retórico, no hacen más que llevar a un grado de ambigüedad superior las estrategias de ambigüedad política del "social-liberalismo" a la inglesa, ese thatcherismo débilmente matizado

PIERRE BOURDIEU
Sociólogo,
profesor
del Colegio
de Francia.

(*) Artículo cedido por el autor para *Análisis Político*. Traducción de Eduardo Pizarro Leongómez.

que cuenta para ser vendido con la utilización oportunista del simbolismo socialista, mediáticamente reciclado. Es así como los socialdemócratas, que se hallan actualmente en el poder en Europa, pueden contribuir en nombre de la estabilidad monetaria y del rigor fiscal, a la liquidación de las conquistas más admirables de las luchas sociales de los dos últimos siglos: universalismo, igualitarismo (con las distinciones jesuíticas entre igualdad y equidad) e internacionalismo. Igualmente, a la destrucción de la idea o del ideal socialista, es decir, *grosso modo*, la ambición de proteger o de reconstruir mediante una acción colectiva y organizada las solidaridades amenazadas por las fuerzas económicas. Los socialdemócratas trabajan, sin tener siempre plena conciencia, en la invención del socialismo sin lo social usando las "experiencias" criminales del "sovietismo" como pretexto, propinando el golpe de gracia a la esperanza socialista.

¿QUÉ ES IZQUIERDA DE LA IZQUIERDA?

Para aquellos que juzgan estas inquietudes excesivas y poco argumentadas, les planteamos algunas preguntas. No es tristemente significativo que, en el momento en que el acceso al poder les abre a los socialdemócratas una oportunidad de concebir en común una verdadera política social, ¿no les viene ni siquiera la idea de explorar las posibilidades de una acción política gracias a las condiciones que se les ofrecen, no sólo en materia fiscal, sino también en materia de empleo, de intercambios económicos, de derecho del trabajo, de formación o de vivienda social? ¿No es impactante y revelador que los socialdemócratas no intenten siquiera darse los medios para contrarrestar el proceso, ya muy avanzado, de destrucción de las conquistas sociales del *welfare* instaurando en el espacio europeo, por ejemplo, normas sociales comunes en materia sobre todo de salario mínimo (racionalmente modulado), de tiempo de trabajo o de formación profesional de los jóvenes –lo cual tendría como efecto evitar dejar a los Es-

tados Unidos el papel de modelo indiscutible que les confiere la doxa mediática?– ¿No es chocante que los socialdemócratas se apresuren a reunirse para favorecer el funcionamiento de los "mercados financieros", más bien que para controlarlos mediante medidas colectivas tales como la instauración (en otras épocas inscrita en sus programas electorales), de una fiscalidad sobre el capital o la reconstrucción de un sistema monetario capaz de garantizar la estabilidad de las relaciones entre las economías? ¿Y no es particularmente difícil de aceptar que el poder exorbitante de censura a las políticas sociales concedido a los "guardianes del Euro" (tácitamente identificados con la Europa), al margen de todo control democrático, prohíba financiar un gran programa público de desarrollo fundado en la instauración voluntaria de un conjunto coherente de "leyes de programación" europeas, sobre todo en las áreas de educación, salud y seguridad social –lo cual conduciría a la creación de instituciones transnacionales dedicadas a sustituir al menos en parte, a las administraciones nacionales o regionales, que la lógica de una unificación solamente monetaria y mercantil condena a entrar en una competencia perversa?–

Es claro que, dado el porcentaje altamente preponderante de los intercambios inter-europeos en el conjunto de los intercambios económicos de los diferentes países de Europa, los gobiernos de estos países podrían poner en marcha una política común orientada a limitar los efectos más nocivos de la competencia intra-europea (sobre todo aquellos del *dumping* social) y oponer una resistencia colectiva a la competencia de naciones no europeas y, en particular, a las prescripciones americanas, a menudo poco conformes con las reglas de la competencia pura y perfecta que ellos afirman proteger. Deberían ocuparse de ello en lugar de invocar el espectro de la "mundialización" para hacer pasar, en nombre de la competencia internacional, el programa regresivo en materia social que el patronato no ha dejado de promover,

tanto en el discurso como en la práctica, desde mediados de los años setenta: reducción de la intervención pública, movilidad y flexibilidad de los trabajadores (con la precarización de los estatus sociales, la revisión de los derechos sindicales y la flexibilización de las condiciones de licenciamiento), ayuda pública a la inversión privada a través de una política de ayuda fiscal, reducción de las cargas patronales, etc. En pocas palabras, no hacer nada en favor de la política que los socialdemócratas profesan mientras las condiciones están reunidas para llevarlas a cabo, pone en evidencia que verdaderamente no desean dicha política.

EUROPA SOCIAL Y MOVIMIENTO SOCIAL EUROPEO

La historia social enseña que no hay política social sin un movimiento social capaz de imponerla (no ha sido el mercado, como se intenta hacer creer, sino el movimiento social el que ha "civilizado" la economía de mercado, contribuyendo además a su eficacia). En consecuencia, la cuestión para todos aquellos que quieren oponer una Europa social a una Europa de los bancos y de la moneda acompañada de una Europa policial y penitenciaria (la cual se haya muy avanzada) y de una Europa militar (como consecuencia probable de la intervención en Kosovo), es la de saber cómo movilizar las fuerzas capaces de lograr este objetivo y a qué aparatos demandar este trabajo de movilización. Evidentemente se piensa en la Confederación Europea de Sindicatos (CES) que acaba sólo recientemente –más vale tarde que nunca– de acoger a la CGT francesa. Sin embargo nadie podrá contradecir a los especialistas, como Corinne Gobin, quienes muestran que el sindicalismo tal como se manifiesta en Europa se comporta ante todo como un "socio" preocupado por participar con decoro y dignidad en la gestión de los negocios, llevando a cabo una acción de presión bien moderada conforme a las normas del "diálogo", tan caras al señor Jacques Delors. Y debemos concordar en que la CES no ha hecho

gran cosa para darse los medios organizacionales necesarios para contrarrestar las voluntades del patronato (organizado en la Unión de Confederaciones de Industria y de Empleadores de Europa –Unice–, dotado de un grupo de presión poderoso, capaz de imponer su voluntad a Bruselas) e imponer, con sus armas ordinarias de lucha social (huelgas, manifestaciones, etc.), verdaderas convenciones colectivas a escala europea.

No pudiendo esperar que la Confederación Europea de Sindicatos se ligue, al menos a corto plazo, a un sindicalismo resueltamente militante, es forzoso mirar primero y de manera provisional hacia los sindicatos nacionales sin olvidar los inmensos obstáculos que habría que superar para escapar, en el ámbito europeo, a la tentación tecnocrático-diplomática, y a escala nacional, a las rutinas y formas de pensar que tienden a encerrarlos en los límites de la nación. Además teniendo en cuenta el momento presente en el que, bajo el efecto de la política neoliberal y de las fuerzas de la economía abandonadas a su lógica –privatización de las grandes empresas y multiplicación de los "pequeños trabajos" localizados lo más a menudo en el sector servicios, generalmente temporales y de tiempo parcial, interinos y a domicilio–, las propias bases del sindicalismo militante están amenazadas, como lo atestigua no solamente el declive de la sindicalización, sino también la débil participación de los jóvenes, sobre todo de aquellos que salidos de la inmigración suscitan muchas inquietudes y que nadie –o casi nadie–, ha pensado movilizar en este frente.

El sindicalismo europeo, que podría ser el motor de una Europa social, debe ser pues inventado y sólo lo puede ser con una serie de rupturas más o menos radicales. Ruptura con los particularismos nacionales, incluso nacionalistas, con las tradiciones todavía encerradas en los límites de los Estados, de los cuales el sindicalismo espera una buena parte de los recursos necesarios para su existencia y que define los desafíos y terrenos de sus reivindicaciones y acciones. Ruptura con un pensamiento conformista que tien-

de a desacreditar el pensamiento y la acción críticos, y a valorizar el consenso social hasta el punto de alentar a los sindicatos para que compartan la responsabilidad de una política que busca hacer aceptar a los dominados su subordinación. Ruptura con el fatalismo económico, que estimula no sólo el discurso mediático-político sobre la necesidad ineluctable de la "mundialización" y el imperio de los mercados financieros (detrás de los cuales los dirigentes políticos aman disimular la libertad de escogencia), sino también la práctica de los gobiernos socialdemócratas que, prolongando o manteniendo los aspectos esenciales de la política de los gobiernos conservadores, hacen aparecer esta política como la única posible. Ruptura con un neoliberalismo hábil para presentar las exigencias de contratos leoninos de trabajo bajo los ropes de la "flexibilidad" (por ejemplo las negociaciones sobre la reducción del tiempo de trabajo y sobre la ley de las 35 horas, que juegan con las ambigüedades objetivas de una relación de fuerza más y más desequilibrada debido a la generalización de la precariedad y a la inercia de un Estado más inclinado a ratificar al neoliberalismo que a transformarlo). Ruptura con el "social-liberalismo" de los gobiernos inclinados a ofrecer, frente a medidas de desregulación favorables a un reforzamiento de las exigencias patronales, la apariencia de valiosas conquistas propias de una verdadera política social.

Este sindicalismo renovado requiere de unos agentes movilizados animados de un espíritu profundamente internacionalista y capaces de sortear los obstáculos ligados, tanto a las tradiciones jurídicas y administrativas nacionales, como a las barreras sociales interiores a cada nación, aquellas que separan las ramas y las categorías profesionales, así como las de género, edad y origen étnico. Es paradójico, en efecto, que los jóvenes, y en particular aquellos salidos de la emigración (obsesivamente presentes en los fantasmas colectivos del miedo social, engendrado y entretenido gracias a la dialéctica infernal de la competencia política por los votos xenófobos y a la

competencia de los medios de comunicación por el máximo de audiencia), tengan en las preocupaciones de los partidos y los sindicatos progresistas un lugar inversamente proporcional al que les acuerda, por toda Europa, el discurso sobre la "inseguridad" y la política que ésta promueve en su contra.

¿Cómo no aguardar una suerte de internacional de los "inmigrantes" de todos los países que uniría a turcos, kabiles y surinameses, en compañía de los trabajadores nativos de los diferentes países europeos, en una lucha contra sus empleadores o más ampliamente contra las fuerzas económicas dominantes que, a través de diferentes mediaciones, también son responsables de su migración? Es posible que las sociedades objeto de corrientes migratorias tendrían mucho que ganar, si de objetos pasivos de una política de seguridad, estos jóvenes se transformaran en agentes activos de un movimiento social renovador y constructivo. Estos jóvenes que nos obstinamos en denominar "inmigrantes" a pesar de que son ciudadanos de las naciones de la Europa actual, a menudo desarraigados y excluidos incluso de las estructuras organizadas de la protesta y sin otras salidas que la sumisión resignada, la pequeña y gran delincuencia, o las formas modernas de levantamientos que constituyen los motines de los barrios periféricos.

Para desarrollar en cada individuo las actitudes internacionalistas que constituyen actualmente la base de las estrategias eficaces de resistencia, se puede pensar en un conjunto de medidas, sin duda dispersas y discretas, tales como el reforzamiento, en cada organización sindical, de instancias encargadas de tratar con las organizaciones de otras naciones y de recoger y hacer circular la información internacional; el establecimiento progresivo de reglas de coordinación, en materia de salarios, de condiciones de trabajo y empleo (con objeto de combatir la tentación de aceptar acuerdos fundados en una política de moderación salarial o, como en ciertas empresas de Inglaterra, en una renuncia al derecho de

huelga); la instauración, con base en el modelo de aquellas que unen ciudades de diferentes países, del “acoplamiento” entre sindicatos de las mismas categorías profesionales (para no citar más que aquellos que se hayan comprometidos en movimientos transnacionales, los choferes de carretera, los empleados de transporte aéreo, etc.) o de regiones fronterizas (sobre la base, en caso contrario, de reivindicaciones o solidaridades regionales); el reforzamiento, en el seno de las empresas multinacionales, de comités de empresa internacional capaces de resistir a las presiones fraccionalistas de las direcciones centrales; el estímulo de políticas de reclutamiento de inmigrantes que, de objetos de disputa de las estrategias de partidos y sindicatos, se convertirían en agentes de resistencia y cambio, dejando así de ser utilizados hasta por las organizaciones progresistas como factores de división e incitación a la regresión hacia el pensamiento nacionalista, e incluso racista; el reconocimiento y la institucionalización de nuevas formas de movilización y acción, como el establecimiento de redes de cooperación entre sindicatos de sectores públicos y privados; la “reconversión de los espíritus” (sindicales y otros) necesaria para romper con la definición estrecha de lo “social”, reducida al mundo del trabajo encerrado en sí mismo, ligando las reivindicaciones laborales con las exigencias en materia de salud, vivienda, transporte, formación, diversión y relaciones entre los sexos, y para comprometer esfuerzos de reclutamiento y re-sindicalización en los sectores tradicionalmente desprovistos de mecanismos de protección colectiva (servicios, empleo temporal).

Pero uno no puede hacer la economía de un objeto tan visiblemente utópico como la construcción de una confederación sindical europea unificada: un proyecto de esta magnitud debe inspirar y orientar la investigación colectiva sobre las innumerables transformaciones de las instituciones y de las actitudes individuales demandadas para “construir” el movimiento social europeo. Para reflexionar en torno a este proyecto difícil e in-

cierto, es útil inspirarse en el modelo del proceso descrito por E. P. Thompson en *The Making of English Working Class*: es necesario evitar llevar demasiado lejos la analogía al pensar el movimiento social europeo del futuro según el modelo del movimiento obrero del siglo anterior. Las sociedades europeas han experimentado profundos cambios en su estructura social, siendo el más importante la declinación de la propia industria; también hay modificaciones en los obreros con relación a aquellos que hoy día llamamos “operadores” y que, relativamente más ricos en capital cultural, serán capaces de concebir nuevas formas de organización y lucha, así como de entrar en nuevas solidaridades interprofesionales.

Para la construcción de un movimiento social europeo no existe un prerrequisito más definitivo que el repudio de las formas tradicionales de pensar el sindicalismo, los movimientos sociales y las diferencias nacionales; no existe una tarea más urgente que la invención de formas de pensar y actuar novedosas, acordes con la precarización. Origen de una nueva forma de disciplina social, arraigada en la precariedad y el temor al desempleo –que llega incluso hasta los niveles más favorecidos del mundo del trabajo–, la precariedad generalizada puede estar en el origen de solidaridades de nuevo tipo, en su expansión y origen, principalmente con ocasión de crisis percibidas como particularmente escandalosas cuando toman la forma de despidos masivos impuestos por la preocupación de rendir amplias ganancias a los accionistas de empresas de por sí ampliamente gananciosas, como es el caso de ELF y Alcatel. El nuevo sindicalismo deberá además aprender a apoyarse en las nuevas víctimas de la política de precariedad, casi tan numerosos en las profesiones con fuerte capital cultural tales como la enseñanza, los profesionales de la salud y los oficios ligados a la comunicación (como los periodistas), así como entre los empleados y obreros. Pero, para ello deberá previamente trabajar en la producción y difusión, tan ampliamente como sea posible, de un análisis críti-

co de las estrategias, a menudo sutiles y con las cuales colaboran sin necesariamente estar conscientes, de ciertas reformas de los gobiernos socialdemócratas que se pueden subsumir bajo el concepto de "flexplotación", tales como reducción del tiempo de trabajo, multiplicación de los empleos temporales y de tiempo parcial. Análisis tanto más difícil de llevar a cabo y sobre todo de imponer a aquellos que debieran acceder a la lucidez sobre sus condiciones, debido a que, por una suerte de armonía preestablecida, las estrategias ambiguas son a menudo ejercidas –a todos los niveles de la jerarquía social–, por las víctimas de estrategias parecidas: profesores precarios con un exceso de estudiantes o con estudiantes marginales y condenados a la precariedad, trabajadores sociales sin garantías sociales encargados de asistir una población de la cual están muy cerca por sus similares condiciones, etc., todos llevados a tener y mantener ilusiones compartidas.

Pero también y ante todo se requiere acabar con otros presupuestos muy extendidos que, al impedir ver la realidad tal como es, desvían o desestimulan la acción de su transformación. Es el caso de la oposición que llevan a cabo los "politólogos" franceses y los periodistas "formados" en esa escuela que está entre el "sindicalismo contestatario" (encarnado en Francia por el SUD o la CGT) y el "sindicalismo de negociación", erigido como paradigma de cualquier práctica sindical que merezca ese nombre (la confederación alemana DGB es su encarnación). Esta representación desmovilizadora impide ver que las conquistas sociales no pueden ser obtenidas más que por un sindicalismo suficientemente organizado, capaz de movilizar la fuerza contestataria necesaria para arrancarle al patronato y las tecnocracias verdade-

ras conquistas colectivas, y de negociar e imponer a sus bases los compromisos y las leyes sociales sobre las cuales éstas se deben apuntalar de manera duradera. (¿No es significativo que la propia palabra movilización esté afectada de descrédito por parte de los economistas de obediencia neoliberal, obstinadamente aferrados a no ver más que una agregación de decisiones individuales en aquello que de hecho es un modo de resolución y elaboración de conflictos y un principio de invención de nuevas formas de organización social?).

La incapacidad de los sindicatos para unirse en torno a una utopía racional (lo que podría ser una verdadera Europa social) y la debilidad de su base militante a la cual no saben imponer la convicción de su necesidad (en primer término de su eficacia), así como la competencia para lograr la mejor posición en el mercado de los servicios sindicales, es lo que hoy día impide sobrepasar los intereses corporativos cortoplacistas a favor de un voluntarismo universalista capaz de superar los límites de las organizaciones tradicionales y brindar toda su fuerza, ante todo mediante la integración plena del movimiento de los desempleados, a un movimiento social capaz de combatir y contrarrestar los poderes económicos y financieros en sus propios centros de actuación, actualmente de orden internacional. Los movimientos internacionales recientes –entre los cuales la marcha europea de los desempleados es tan sólo el más ejemplar–, aunque todavía tímidos son sin duda los primeros signos del descubrimiento colectivo en el seno del movimiento social, e incluso más allá, de la necesidad vital del internacionalismo o, con mayor precisión, de la internacionalización de los modos de pensamiento y las formas de acción.

